

ALFAGUARA

Demencia

Eloy Urroz



Demencia

Eloy Urroz

Demencia

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*a Jorge Volpi y Pedro Ángel Palou,
el criminal y el demente, mis secuaces,
porque, como dice Pavese,
"un hombre como yo sólo trabaja cuando
tiene amigos que lo comprenden"*

Sentía como si poco a poco hubiese ido ingresando en una suave pesadilla en que todo era irreal y absurdo.

ERNESTO SÁBATO,
Sobre héroes y tumbas

Meditation on inevitable death should be performed daily. Every day when one's body and mind are at peace, one should meditate upon being ripped apart by arrows, rifles, spears and swords, being carried away by surging waves, being thrown into the midst of a great fire, being struck by lightning, being shaken to death by a great earthquake, falling from thousand-foot cliffs, dying of disease or committing seppuku at the death of one's master. And every day without fail one should consider himself as dead.

YAMAMOTO TSUENETOMO,
Hagakure. Book of the Samurai

1

Néstor y yo conversamos hasta la una y media de la tarde. De hecho, sólo había venido a dejarme el primer capítulo de lo que, me dijo, era su nueva novela, algo bastante torvo y siniestro, por lo que no tuve otro remedio que dejar el repaso de las tres sonatas para más tarde. Debían ser, pues, algo así como las doce pasadas cuando llegó con las hojas impresas. Se le veía jubiloso, festivo. Nos tomamos dos expresos, que no hicieron, a la postre, sino agitarlo más; me contó un par de cosas relacionadas con el intríngulis de su novela y al final se marchó sin decirme adónde iba y sin contarme eso *importante* que me quería contar...

No fue sino hasta las dos y cuarto que recibí la llamada de Rogelio Ricart, a quien no había visto desde el martes anterior, el día del asesinato de la adolescente. Sonaba irritable, irascible casi. Su voz, habitualmente tranquila, estaba muy alterada. Le pregunté si quería pasarse aunque sabía que no debía hacerlo: tenía encima el compromiso con Daniela a las tres en el Schweik para luego ir a ensayar a su casa las Opus 30.

—Estoy allá en veinte minutos —me amenazó—. No te muevas de allí.

Eso hice: no me moví hasta que escuché el timbrazo de la puerta y no el del interfono que está en la cocina, pero no era él; se trataba de mi vecina, una anciana de 75 años y cabello totalmente cano, quien deseaba saber si el agua se me había ido *también*. Sí, eso dijo: *también*, como si tuviesen que ocurrirme las mismas calamidades que le ocurrían a ella. Contrariado, fui al baño, luego a la cocina, veri-

fiqué que corriera el agua y volví a la puerta a decírselo. No estaba. Ni siquiera se había despedido. Irritado, volví al sillón, lo recliné al máximo y me puse a releer ese inicio de relato que me había impuesto mi amigo en lugar de sacar el violín y repasar algunas partes flojas del scherzo de la segunda de las tres sonatas.

A sólo cinco minutos de haber empezado sonó el timbre otra vez, pero no era el de la puerta, sino el de la calle, un piso más abajo. Era Ricart. Le abrí, subió por las escaleras, cruzó el umbral sin verme y me soltó a bocajarro:

—¿Sabías que Néstor sale con mi hermana?

Me quedé de piedra.

—¿Cómo iba a saberlo? —respondí.

—¿No te lo dijo?

—No...

—¿Lo has visto?

—No —mentí casi involuntariamente.

Se quedó callado, pensativo, dando vueltas por la sala, yendo de un lado para otro. Parecía una fiera herida, vapuleada. Tenía el pelo alborotado sobre la frente, unas cuantas gotas de sudor le perlaban las sienes mofletudas. Vi que miraba el legajo de hojas que, por fortuna, había dejado boca abajo. De pronto se acercó a echar un vistazo, pero me interpuso:

—Pero si Viviana tiene novio... —exclamé.

—No sale con Vivi, güey.

—¿Cristina?

—Sale con Marisa... Le lleva once años.

No salía de mi estupefacción.

—Lo raro es que no te lo haya dicho.

—Resulta que Marisa está perdidamente enamorada de él.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Viviana y luego me lo confirmó Marisa cuando se lo pregunté. Incluso me he enterado que iban a ir a comer esta tarde...

Caí redondo: por eso la intempestiva escapada de Nes después de verificar la hora y dejarme sus malditas hojas impresas. Nunca me contó *eso importante* que me quería contar.

—¿Y cuándo empezó todo? —pregunté.

—No sé. Muy poco. Un par de meses, creo.

—No creo que debas preocuparte más de la cuenta.

—Marisa es una niña. Nunca ha tenido novio... y ahora viene a enamorarse de ese pelafustán once años mayor que ella.

—No exageres.

—No me digas que le presentarías a tu hermana.

—No tengo hermanas.

—Por fortuna para ti.

—Pero si la tuviera —mentí— no lo vería mal, a pesar de que, como dices, pueda parecer peligroso.

—Ese es mi punto: Néstor es peligroso y es mucho mayor que ella. Dos amenazas.

—No lo es si ha decidido salir con la hermana de su mejor amigo. Es distinto, Rogelio...

—Él no es mi mejor amigo —rectificó—. Al menos me lo debió haber avisado...

—¿Pedirte permiso?

—Estoy hablando en serio...

—Pero si apenas empezó todo, ¿cuándo te lo iba a contar?

—Tiene 17.

—Tampoco es una niña —aduje en su defensa.

—Néstor tiene 28.

—Mi tío Pepe también le lleva once años a su mujer y son muy felices...

—Eso sucede en provincia; no aquí, Fabián —y luego añadió como si se tratara de un augurio—: A menos, claro, que el hijo de puta la embarace.

—Tampoco exageres.

Guardamos silencio. Yo, por supuesto, no lo quería romper, deseaba mantenerlo o cambiar el tema de la charla.

—¿Y cómo van esas sonatas? —dijo, por fortuna.

—Más o menos.

—¿Beethoven?

—Sí.

—¿Cuándo es el recital?

—El jueves próximo. No faltes. Y, porfa, avísale a tus padres.

—Mi madre no va a ningún lado y a mi padre prefiero no verlo —y luego añadió—: Te llamó Hernán Badillo, supongo.

—Sí, gracias por el contacto. Va a pagarnos muy bien.

—¿Tocarás con Daniela otra vez?

—Justo iremos a ensayar esta tarde a su casa...

—¿Y esas son las partituras? —preguntó señalando las hojas impresas, vueltas hacia abajo, desparramadas sobre el sillón.

—No.

—¿Qué son?

No podía seguir mintiendo:

—La nueva novela de Nes.

—¿Y qué tal?

—No la he leído.

—¿O sea que lo has visto?

—Sí, estuvo esta mañana, pero sólo vino a traerme esas hojas. Nada más —aclaré con cierto malestar.

—¿Y no te dijo nada de Marisa?

—Nada, te lo juro —me sentí un imbécil redomado—. Te lo diría.

—¿Y por qué me dijiste que no lo habías visto?

—Cuando me soltaste que salía con tu hermana, no supe qué decir. No quería echarle más leña al fuego. Estabas un poco alterado, Rogelio.

—No es para menos. Néstor tiene una hija con su ex novia de la prepa. Antes tuvo otro con la criada y a eso añádele que se acuesta con quien se deje y le presentes. ¿Tú crees que Marisa va a ser la excepción? ¿Y si la embaraza? Evidentemente no tienes hermanas, Fabián. Lo defiendes como si fueras su abogado...

—No me dijo nada. Salió de aquí como una flecha —insistí—. ¿Quieres un expreso?

—No, me tengo que ir —respondió yendo a la puerta enfurecido—. Te dejo con tus malditas sonatas...

Salió en estampida como un toro herido en el testuz. Eso parecía: ancho de hombros, gordo, sin demasiado cuello y ojos pequeñitos. Un toro de lidia. Era obvio que mi pequeña mentira le había caído como balde de agua, y no era para menos: Néstor era un cabrón y nadie en su sano juicio querría que su hermana (mucho menos la más pequeña) se enamorara de ese bribón con dos bastardos encima...

Me senté en el sillón reclinable, apunté la luz de la lámpara de base e intenté empezar a leer ese inicio de novela: no pude. Terminaba un párrafo y volvía a empezar. No conseguía concentrarme más allá de las primeras líneas. Dejaría la lectura para otro día; ahora mismo no paraba de pensar en Néstor y Marisa, en la obvia diferencia de edades, en lo que podía o no ocurrir, en el peligro y osadía

al seducir a la hermana de Rogelio. En eso Ricart tenía razón, era una imprudencia... pero ¿por qué Néstor no me había dicho una palabra?

Me levanté para cepillarme los dientes: aún sentía los sedimentos del café. Estaba asqueado, pero ¿de qué exactamente? ¿Del expreso? ¿De mi mentira? ¿De Néstor seduciendo a Marisa o de mí mismo que no podía dejar de sentir un poquito de envidia a pesar de todo? A mí también me gustaba la hermana de Ricart. Delgada, acaso demasiado delgada, de ojos negros achinados y cabello negrísimo, ondulado, hasta los hombros, siempre se le veía alegre e inquieta, llena de curiosidad por la vida, aparte de ser una insaciable lectora... Era eso, sí. Al final, los libros de Néstor la embaucaron y no mi música. Pero tampoco había hecho un solo gesto o movimiento en todos estos años, jamás me hubiese atrevido: no era el hecho de que fuera una adolescente todavía o que la hubiese visto crecer, sino que era la hermana de mi mejor amigo.

Mierda. No había agua para cepillarse: se había ido *también*. Aún tenía el cepillo dispuesto con pasta mientras pensaba machaconamente en Néstor y Marisa. No salía una gota del grifo. La vieja del 4 tenía razón. Fui a verificar si salía del lavabo de la cocina, y nada. Luego fui a checar el baño del cuarto de la servidumbre —vacío e inutilizado— y tampoco salía una sola gota. Debía haberse ido en todo el edificio, pensé. Decidí ir a preguntárselo a la misma anciana de enfrente. Salí de mi departamento y toqué su puerta. Nada. Esperé un rato y volví a tocar, esta vez más fuerte.

Por fin apareció, demacrada, reseca, en sus eternas chancletas de hule amarillo.

—¿Sabe? —le dije al verla en el umbral, desgredada—. Tenía usted razón: se ha ido el agua.

—¿De qué habla? —me dijo enfadada hablándome de usted, aparentando no reconocerme a pesar de habernos

visto cien mil veces en los pasillos.

—Soy su vecino, ¿recuerda? Fabián Alfaro, el violinista.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿de qué tenía razón?

—Del agua —insistí—, se ha ido.

—Pero si yo tengo agua. No he tenido problemas.

—¿No vino a preguntarme si yo tenía agua?

—¿Cuándo?

—¿Cómo cuándo? Hace media hora.

—Está usted chalado, Fabián. Yo no he ido a su casa nunca y el agua aquí sale muy bien.

Desconcertado, le pedí si podía ir a verificarlo, y eso hizo medio contrariada, arrastrando sus chancletas y recogiendo el escaso pelo cano. La oí abrir el grifo de la cocina: escuché el agua caer, salpicar con fuerza en el lavabo de zinc. Sí había agua en casa de la anciana del 4. El agua debía haber vuelto apenas, colegí. Por fin regresó la vieja con la información que yo, por supuesto, ya sabía; le di las gracias no sin antes volver a preguntarle si de veras no recordaba haber ido a mi departamento a preguntarme lo mismo que yo le había ido a preguntar sobre el agua.

Lo negó rotundamente y cerró dando un portazo bastante descortés.

Volví a mi departamento y de inmediato pude escuchar, a lo lejos, el agua salpicar el lavabo: había dejado la llave abierta. Eso era. Tenía agua, podía cepillarme los dientes y largarme a comer con Daniela. Eran las 2:45 y nuestra cita era a las tres. A pesar de las prisas, dos asuntos, dos banalidades, me atormentaban: Néstor y Marisa, por un lado, y la peculiar visita de la vieja del 4. ¿Había venido a mi casa, lo había soñado o la pobre anciana padecía Alzheimer? ¿Estaría Néstor comiendo con Marisa, como ella le dijo a su hermano, o estarían en su casa en la Condesa como no me quiso decir y yo me sospechaba? ¿Por qué me preocupaban dos asuntos que francamente no me incumbían?

Metí las partituras dentro del estuche del violín, cerré la puerta con doble llave y me dirigí al Café Schweik a pie. No era lejos desde mi departamento, cinco o seis cuadas hasta topar con la Avenida Insurgentes, y de allí dos calles más hasta dar con el Parque de los Muertos. Al entrar al restaurante sentí la fresca bocanada de aire acondicionado. Sudaba; afuera hacía un calor atroz, presagio de lluvia en verano. Miré al cielo: nubes negras en la esquina y abajo la calina y el tráfico, el fuego del asfalto y el ensordecedor crujir de los motores encendidos.

Busqué a Daniela entre las mesas. No estaba por ningún lado. Volví a dar una segunda vuelta mirando en cada rincón hasta que el capitán, notando mi desazón, me preguntó si deseaba una mesa. Sí, le contesté, pero busco a una persona. Miré mi reloj: eran las tres pasadas.

—¿Ya subió al segundo piso? —me preguntó—. Hay una señorita esperando...

—Gracias —le dije, y me dirigí a las estrechas escaleras al fondo del restaurante. Subí.

Sola, en la última de las mesas pegada al largo ventanal, mirando a Insurgentes, la vi de espaldas. Me acerqué sin hacer ruido. Pensé sorprenderla, asustarla o hacerle cosquillas en la espalda. Estaba por hacerlo cuando giró de pronto: no era Daniela. Qué hermosa, pensé al toparme con sus ojos negros y profundos, su sonrisa iluminada.

—Disculpa —dije a metro y medio de distancia—. Te confundí. Estaba buscando a una amiga y por un momento pensé que eras tú.

—Buscas a Daniela, supongo...

—Sí —dije atónito.

—Soy Herminia, su hermana —me dijo estrechándome la mano—. Me pidió que viniera. Tú debes ser Fabián Alfaro, el famoso violinista.

—Sí, pero no soy famoso —dije halagado, cogido fuera de guardia.

—Encantada... Siéntate —ordenó empujando una silla.

—Gracias —respondí, y añadí de inmediato, intrigado —: No sabía que Daniela tuviera una hermana. Nunca me lo dijo.

—Media hermana —precisó—. Tenemos el mismo padre, y aunque no lo creas, tenemos la misma edad.

Me quedé de piedra. No entendía por qué me contaba esto si apenas la conocía, si en mi vida la había visto.

Sin ponerme a reflexionar en su pequeño exceso, solté:

—O sea que...

—Sí —me interrumpió, riéndose—, mi papá, es decir, su papá, tenía una amante: mi madre... Pero eso no importa, nos llevamos muy bien y somos casi idénticas. Bueno, ella trigueña y yo morena, pero somos idénticas de carácter. Y también toco el piano, no te preocupes...

—Pero ¿y Daniela dónde está? —pregunté, pues ahora no sólo estaba preocupado por mi pianista sino por la nueva hermana de mi pianista que insinuaba (¿de qué otra manera entenderlo si no?) convertirse, a partir de este momento, en mi acompañante al piano, mi dueto para el ciclo de la UNAM la próxima semana.

—Se tuvo que ir a Nueva York —dijo, y después agregó con ojos llenos de una oscura luz que, por extraño que parezca, tenía algo de monstruoso o terrorífico—: Algo muy malo le ha pasado, pero no puedo decírtelo. Ella te lo dirá cuando vuelva. Sé que ustedes tenían pocos días para ensayar las tres sonatas de Beethoven, ¿no es cierto? Si no te importa, lo haremos tú y yo. Las conozco bien. Mi versión favorita es la de Grumiaux y Haskill, aunque las más recientes de la Pires y Augustin Dumay no se quedan atrás...

—No, no... —la interrumpí—. También la de Grumiaux y Haskill es mi favorita. Del 55.